

# **Renovar “la opción por los pobres”<sup>1</sup>**

---

**Gustavo Gutiérrez,  
Lima, Perú.**

En primer lugar quiero agradecer esta invitación que me permite compartir con ustedes algunas reflexiones sobre nuestra fe y nuestras esperanzas comunes.

Ustedes saben bien que éstas no son palabras de compromiso para saludarlos. Desde hace muchos años El Salvador es un país muy importante y muy querido para todo latinoamericano. Lo llevamos muy dentro del corazón, no solamente por la persona de Mons. Oscar Romero que nos convoca esta semana, sino también por tantos otros, entre ellos nuestros amigos jesuitas que trabajaron en esta universidad y muchas otras personas anónimas de este pueblo salvadoreño.

El tema que me ha sido indicado es, en su enunciado y en su contenido, conocido y familiar: “la opción por el pobre”. Considero que la opción preferencial por el pobre es el aporte más importante de la vida y la reflexión de la Iglesia de América Latina. Si algo debe quedar de muchos escritos y reflexiones de este tiempo, es precisamente esta opción. Ella va, sin duda, más allá de la experiencia latinoamericana, puesto que se entronca claramente en el mensaje cristiano y en los aspectos más esenciales de él. Pero, como ha ocurrido con otros grandes temas del mensaje bíblico, parece por momentos, si no opacarse por lo menos quedar un poco de lado. Han sido la Iglesia de América Latina y sus comunidades cristianas las que la han puesto nuevamente sobre el tapete en nuestros días.

Fenómenos de este estilo han sucedido muchas veces en la historia del cristianismo. Hace un poco más de cincuenta años se publicó un libro que revolu-

---

1. Texto, ligeramente retocado, de la charla pronunciada por el autor en la UCA de San Salvador, el 23 de marzo pasado y de la que hemos mantenido su carácter y origen coloquial.

cionó algunos ambientes de la teología moral. Se titulaba —el autor era un jesuita belga— *El primado de la caridad en teología moral*. El título resultó llamativo y la obra renovadora, pese a que hoy podríamos decir que nos suena a algo conocido. Pero ocurre que los teólogos, los moralistas, se habían olvidado del primado de la caridad en la conducta moral de los cristianos.

Esto muestra simplemente cómo cuestiones fundamentales pueden eclipsarse en algún momento. Pues bien, creo que nosotros en América Latina hemos vuelto a poner en escena la cuestión del pobre y de nuestra solidaridad con él. No obstante, y nos alegramos de eso, sus raíces son muy viejas, están en el mensaje cristiano. La opción preferencial por el pobre fue acogida y ha inspirado muchas experiencias, pero ha sido también cuestionada. Es mucho tema para el tiempo que disponemos, me gustaría hacer una entrada más bien sencilla, tomar la fórmula *opción preferencial por el pobre* palabra por palabra.

## 1. "Pobre"

Comencemos por la última palabra de la fórmula que usamos en Puebla. Nadie duda que al hablar de pobre nos estamos refiriendo al pobre "real". En la Biblia se habla del pobre concreto, de la realidad de la pobreza. ¿Cuál es la reflexión teológica que se teje en esta perspectiva de opción preferencial por el pobre?

### a) Una nueva presencia

Desde hace unas décadas se plantea un fenómeno en cierta manera nuevo en América Latina y en otros lugares del mundo. Se trata de una presencia distinta del pobre.

En estos años el pobre de América Latina, clásicamente ausente de la historia escrita de nuestros pueblos, comienza a hacerse presente, a través de organizaciones populares, sindicales, campesinas. El pobre comienza a percibir su pobreza y a ser consciente de las causas de ella. No hablo de inicios absolutos, pero sí de algo que no existía antes. Esa nueva presencia va a significar que, a partir de ella, cambiará la vida social, política, cultural, eclesial también y teológica de América Latina.

Físicamente, los pobres estuvieron allí. Pero estoy hablando de una presencia activa, de un reclamo de sus derechos y de una voluntad de hacerse sujetos de su propia historia, protagonistas de su propio destino. Un proceso que no ha terminado todavía (ahí está la presencia cada vez mayor, por ejemplo de los grupos étnicos, de grupos indígenas, de los negros del continente, que también en las últimas décadas aparecen cada vez más, e igualmente de la mujer, nueva presencia y cada vez más importante, sobre todo en los sectores populares).

Esa nueva presencia del pobre trajo muchas consecuencias. Una de ellas fue

la de que se empezara a hablar de las causas de la pobreza. No basta describir la pobreza, es necesario señalar con el dedo, como lo hacían los profetas bíblicos, a los responsables de la misma, a las causas de la pobreza, la injusticia social, los mecanismos económico-sociales, etc. Indicar las causas fue también una novedad. Antes nos limitábamos a comprobar la existencia de la pobreza. Lo nuevo hoy, es hablar de aquello que motiva la pobreza para poder combatirla en la raíz.

Esa nueva presencia del pobre trajo también a América Latina, desde hace varias décadas, esa palabra y esa actitud tan importantes hoy para nosotros que llamamos solidaridad. Solidaridad, como ustedes saben, viene de sólido. La solidaridad implica cierta solidez, algo consistente que uno quiere hacer. Y, aunque a ustedes les llame la atención, la palabra "sueldo" también viene de sólido. Por eso, quienes evaporan el sueldo de los trabajadores, buscan también evaporar la solidaridad social. A mayor solidaridad, mayor defensa de lo sólido, del sueldo, del salario, que se requiere para poder vivir.

#### **b) Significado de la pobreza**

La pobreza a que se alude abarca dimensiones económicas, sociales y políticas, pero ella es indudablemente más que todo eso. En último análisis, la pobreza significa muerte: muerte injusta, muerte prematura de los pobres, muerte física. Por desgracia, no es sólo en América Latina, donde la gente muere por enfermedades que la medicina ya ha vencido en otras partes. No hay motivos para morir hoy del cólera, pero el cólera cobra muchas víctimas en Perú, mi país, como lo hace en otros parajes del mundo, en Asia y dondequiera que haya pobres.

La pobreza, por consiguiente, lleva a la muerte física, sin hablar de las muertes causadas por situaciones de represión de un pueblo; pero debemos mencionar también la muerte cultural. Cuando un pueblo no es tomado en cuenta, cuando se lo desprecia de una forma u otra, entonces, en cierto modo, se está eliminando a la gente que pertenece a ese pueblo. En América Latina tenemos gran variedad de razas, culturas y lenguas: si ellas son despreciadas se mata a la gente que pertenece a esos grupos sociales. Los antropólogos suelen decir que la cultura es vida; pues bien, si se desprecia la cultura, se desprecia la vida. Esto sucede también cuando no se reconoce a las mujeres la plenitud de sus derechos humanos.

Pobreza, por consiguiente, significa muerte. Y al hablar así no pretendo ocultar sus otras dimensiones sociales, económicas o políticas. He preferido insistir en este sentido profundo de la pobreza, para decirles que finalmente lo que constituye el verdadero problema es la defensa de la vida. Por eso, en las comunidades cristianas de América Latina, se habla frecuentemente del Dios de la vida, y se rechaza la muerte física y cultural injustas, así como también

cualquier otra manifestación del egoísmo y del pecado.

¿Qué es por consiguiente lo que se entiende por pobre? Creo que no existe una buena definición; pero nos acercamos a ella si decimos que los pobres son los no-persona, los "in-significantes", los que no cuentan para la sociedad y, con demasiada frecuencia, tampoco para las Iglesias cristianas. Pobre es, por ejemplo, el que tiene que esperar una semana a la puerta de un hospital para ver al médico; pobre es el que no tiene peso social ni económico, a quien se despoja mediante leyes injustas; el que no tiene posibilidad para hablar y actuar para cambiar una situación; el que forma parte de una raza despreciada y culturalmente marginada. A lo sumo, los pobres están presentes en las estadísticas, pero no aparecen en la sociedad con nombre propio. No conocemos el nombre de los pobres. Son y permanecen anónimos. Los pobres son socialmente insignificantes, pero no delante de Dios.

Hoy día se habla de "población sobrante" en el mundo. Los mecanismos económicos han hecho que ser explotado sea, como dicen irónicamente algunos economistas, un privilegio. Los explotados pueden entonces agradecer a su explotador el que les dé trabajo, ya que hay otros que ni siquiera son necesarios para ser explotados. Son insignificantes. Son aquellos que llamamos ahora, con un término de sabor más reciente y más crudo que antes, "los excluidos". (En verdad los pobres siempre fueron excluidos. Hay que cuidarse de las modas intelectuales.)

Pero los pobres no solamente son personas que carecen de cosas. El pobre es un ser humano. Los pobres tienen una manera de pasar el tiempo libre, de hacer amigos, de rezar, de reír, de pensar, de hablar. Ser pobre es todo un mundo. Con esta expresión no se niega, de ninguna manera, que el pobre forme parte de una clase social explotada, de una raza marginada, de una cultura discriminada, de un género no suficientemente apreciado. Ella apunta a hacer ver que hay un mundo del pobre, y que el compromiso con él significa entrar en ese mundo. Implica no solamente estar comprometidos con una clase social o con una cultura determinada, sino entrar en el mundo del pobre; esto trae consigo algo importante: la amistad. No hay auténtica solidaridad con el pobre si no hay amistad con él.

### **c) "Siempre habrá pobres entre ustedes"**

Permítanme aludir ahora a un texto evangélico que, a veces, es presentado como una objeción a lo que estamos diciendo. Se trata de la unción de Jesús en Betania por parte de una mujer. Tendré presente el texto del evangelio de Marcos por muchas razones, entre otras porque en él no se da el nombre de aquella mujer. Es una mujer anónima. Ella derrama perfume sobre el Señor. Protestan los discípulos, dicen que es un derroche de dinero, que habría que dárselo a los pobres. El señor les responde con una frase que toma del Antiguo Testamento:

"siempre habrá pobres entre ustedes". Cuántas veces ha servido esta frase para que se diga: ¿por qué tanta insistencia en el pobre? ¿Si en el Evangelio se dice que siempre los habrá, para qué esforzarse en que haya uno menos?

Sin embargo, el marco del Deuteronomio, de donde se toma esa frase, es muy neto. Es el capítulo 15, en él hay tres afirmaciones básicas: primera, "que no haya ningún pobre entre ustedes"; segunda, "si los hay, no les cierras tu mano" (si los hay, en condicional); tercera, "no dejará de haber pobres entre ustedes", es una afirmación realista. Lo que tenemos que buscar es lo primero, que no haya ningún pobre. Pero si los hubiese ya sabemos cuál ha de ser nuestro comportamiento. La observación: "no dejará de haber pobres entre ustedes" significa que nos encontramos entre el ideal y la cruda realidad.

Antes de esa cita del Deuteronomio, el Señor dice a sus discípulos, en defensa de la mujer: "déjenla, no se lo impidan, está haciendo una obra buena". La palabra *bueno* empleada aquí en el Evangelio es un término griego que significa también hermoso. Leámosla, pues, así: "ella está haciendo una obra buena y hermosa conmigo". Es una lección capital. Frente a los pobres debemos saber tener esos dos comportamientos: el combate por la justicia y la solidaridad con ellos —no hay compromiso con el pobre si no se lucha contra las causas de la pobreza— y la capacidad de hacer actos gratuitos, gestos de amistad, como el de esta mujer que unge con perfume a Jesús.

En la amistad consideramos al otro como a un igual. No se comparte sino con amigos. Lo que hizo esa mujer con Jesús es lo que tenemos que hacer también con los pobres. Es necesario ser solidario con sus reivindicaciones, algo que ustedes conocen bien. Pero también hay que saber romper, de cuando en cuando, frascos de perfume. Los seres humanos son mucho más complejos de lo que pensamos.

Un detalle más sobre el texto de Marcos. Se dice que eso ocurrió en Betania. En hebreo, la palabra "betania" quiere decir "casa del pobre" (*bet*: casa, *ani*: pobre). Los evangelios están llenos de símbolos.

## 2. "Preferencial"

Se encuentran personas que se preguntan si no sería mejor hablar simplemente de "opción por los pobres" sin más, ya que *preferencial* parece suavizar la expresión. Debo decir que no estoy de acuerdo. La preferencia nos recuerda una afirmación fundamental del mensaje bíblico: la universalidad del amor de Dios, que no excluye a nadie. Sólo dentro del contexto de esta universalidad se comprende la preferencia, es decir, lo que "se pone en primer lugar". La Biblia habla de la preferencia de Dios por los pobres. ¿Por qué en el Génesis Dios prefiere a Abel respecto de Caín? En ninguna parte dice que Abel es mejor o que Caín hubiese tenido un mal comportamiento; pero Abel era el menor, el

último. Dios prefirió el sacrificio de Abel, el más frágil, al de Caín. El pecado de éste fue no aceptar la preferencia de Dios por Abel, por eso lo mató.

El rechazo de la preferencia está en no comprender que hay que combinar la universalidad del amor de Dios con su preferencia por los más pobres. A ello aludía Juan XXIII cuando hablaba de "la Iglesia de todos, y en particular la Iglesia de los pobres". Como cristianos no podemos decir "sólo los pobres cuentan". Una actitud así no sería cristiana, como tampoco lo es pretender que se ama a todos cuando en realidad no se ama a nadie. Combinar los dos aspectos, universalidad y preferencia, no es cosa fácil, es un gran desafío.

### **a) La razón de la preferencia**

Pero ¿por qué esta preferencia? No es el análisis social que me permite comprender la pobreza el que nos lleva a preferir a los más pobres. Dicho análisis es ciertamente útil, pero no suficiente para ello. La compasión humana es importante también, pero no es la razón última. Si debemos preferir a los pobres es porque Dios es bueno. La razón última de la preferencia está en el Dios de nuestra fe. Esta afirmación compromete a todos los creyentes. Nadie puede escapar a la exigencia de esta preferencia por los pobres. La preferencia viene de la bondad de Dios y de su amor gratuito, noción central del mensaje evangélico. Dios nos amó primero, nuestras vidas deben ser una respuesta a esa iniciativa gratuita de Dios. Ese es el significado de "pobreza espiritual".

Los grandes místicos, Juan de la Cruz por ejemplo, nos enseñan cómo un Dios que nos ama gratuitamente constituye el centro de la vida espiritual. Sin contemplación, sin oración, no hay vida cristiana. Pero sin solidaridad con los pobres, tampoco. Son dos dimensiones que es necesario mantener unidas.

### **b) Sacar del anonimato**

Permítanme una ilustración. Para ello tomo otro texto del Evangelio, me refiero al episodio de la hemorroísa. Esta mujer había gastado su dinero en médicos sin ningún resultado. Es importante el contexto. Jesús va, llamado por un personaje relativamente importante, a dar la salud a su hija; en ese momento ocurre el contacto con la mujer enferma. Una multitud apretuja a Jesús. Los discípulos tratan de abrirle paso. Jesús pregunta: "¿quién me ha tocado?". Le dicen: "todo el mundo te está tocando, ¿cómo preguntas quién te ha tocado?". Pero Jesús insiste, saca así del anonimato a aquella pobre mujer, tan humilde y anónima que ni siquiera se atreve a pedirle un milagro. La saca del anonimato, hace que se identifique, le habla y la hace surgir en medio de la masa.

Pues bien, eso es la opción preferencial: romper el anonimato, poner rostro, poner nombre a las personas. Jesús ha optado por los pobres, en general, pero también en concreto por personas como la hemorroísa. ¿Ven lo que quiero de-

cir? Cuando afirmo que Jesús optó por los pobres sé que está incluida esta mujer, pero hay que destacarla como persona, lograr que se identifique, ella que se creía sin ningún valor. Amar es siempre sacar a alguien del anonimato. El amor ayuda a dar identidad a otros. Al hablar de amor preferencial, y del amor del Señor, preferentemente por los pobres, estamos hablando de darles identidad, de hacer que se sientan personas. Esta mujer se sentía tan poca cosa que ni siquiera se atrevía a dirigirse al Maestro, pero él hace que "aparezca".

### 3. "Opción"

Pasemos a la tercera palabra, opción. Permítanme referirme aquí a algunos textos del Evangelio en los que encontramos algunas pautas para la opción por el pobre:

#### a) Saber mirar

Comencemos por el episodio llamado el óbolo de la viuda. Tomémoslo en Marcos: "Jesús se sentó frente al arca del Tesoro y miraba cómo echaba la gente monedas en el arca del Tesoro: muchos ricos echaban mucho. Llegó también una viuda pobre y echó dos moneditas, o sea, una cuarta parte del as. Entonces, llamando a sus discípulos les dijo: "les digo de verdad que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del Tesoro. Pues todos han echado de lo que les sobraba, ésta, en cambio, ha echado de lo que necesitaba todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir" (12, 41-44; cf. Lc. 21, 1-4).

No insistiré en el sentido claro y hermoso de esta limosna pequeña que el Señor valora tanto. Más bien quisiera subrayar aquello que se dice al inicio del texto que acabo de leer: "Jesús se sentó frente al arca del Tesoro". El templo de Jerusalén era muy grande y tenía muchas puertas; de ellas se habla en los evangelios. Jesús, al parecer, estaba solo porque más tarde se dice: "llamando a sus discípulos". Jesús se sienta frente a la puerta del Tesoro, allí donde se depositaban las limosnas. Tal vez lo hizo sobre una piedra en la calle y simplemente comienza a observar.

Les ruego que hagan un pequeño esfuerzo de imaginación y piensen en este joven judío, que está en Jerusalén (ciudad siempre peligrosa para él), que se sitúa frente al templo de su religión para observar lo que sucede. ¿Cuánto tiempo estaría allí? No lo sabemos, imaginemos que pudo estar observando unas cuantas horas.

¿Qué es lo que hace Jesús? Algo capital, en la línea de la opción por los pobres: nos enseña a ver. Lo primero que hay que hacer en esa opción es saber mirar. ¿Por qué digo "saber"? Porque había muchas puertas en el templo. Jesús escogió colocarse frente al arca del Tesoro, esta puerta le pareció importante para comprender la actitud de fondo de las personas que se acercaban a dar

limosnas. Y porque supo ver, pudo decir que la limosna de la viuda valía mucho, mucho más que las otras; es decir, aquella que a un observador poco atento le pudo haber parecido una limosna más, es resaltada por el Señor.

Jesús nos enseña a saber ver y para ello hay que elegir debidamente los puestos de mira. Es lo que él hace. Lo que vemos depende de dónde nos coloquemos. Si ustedes escogen en la vida un determinado lugar, verán unas cosas; si escogen otro, verán otras. (Por ejemplo, si se colocan frente a la puerta del Banco Mundial verán muchas cosas interesantes...) Hay que tener inteligencia para saber ver y entonces aquello que aparece pequeño, insignificante, resulta importante. Vivimos en un continente de pobreza inmensa y creciente; en una región en la cual hay pueblos, razas, culturas, lenguas distintas, que no terminan de encontrarse; en un continente que está construyendo su identidad; en un continente donde el pobre aparece cada vez más en la escena social, cultural, religiosa.

Se trata de una realidad masiva e impostergable. Y sin embargo, sabemos que también es posible escoger un ángulo que impida ver la realidad de pobreza. Saber ver es una condición para optar con autenticidad. En ese caso aparece en primer plano aquello que era considerado insignificante: los pobres. Primera pauta: Jesús nos enseña no solamente a ver, sino a saber mirar.

## b) Saber escuchar

Veamos una segunda pauta: "saber escuchar". Tomaré otro texto de Marcos. Lo conocemos como el episodio del ciego de Jericó (10, 46-51).

Jesús está camino a Jerusalén. Allí será tomado preso y ejecutado; lo sabe y lo teme. Jericó está en el camino a Jerusalén, desde Galilea, la provincia marginada por el pueblo judío, donde él ha realizado, sobre todo, su ministerio. Un mendigo ciego, por consiguiente alguien que es doblemente pobre, oye decir que se acerca Jesús. El ciego, entonces, se pone a gritar (el evangelio lo dice textualmente): "¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!". Grita como lo hacen muchas veces las personas que tienen hondas necesidades. Un pueblo que sufre carencias, miseria, despojo y desprecio clama también: "¡ten compasión de mí!".

El ciego recibe inicialmente la respuesta que muchos pobres obtienen igualmente hoy: intentan hacerlo callar. No faltan quienes piensan que si los pobres no gritan, la pobreza desaparece; si no se nota, parecería que el sufrimiento se evapora. El ciego no hace caso y grita mucho más: "¡Hijo de David, ten compasión de mí!". Jesús se detiene, lo escucha y dice: "llámenlo". A la voz del maestro, quienes han mandado callar al ciego le dicen que se acerque. Se callan ellos, más bien. Dicen al ciego: "¡Animo, levántate! Te llama". Y él, arrojando su manto, da un brinco y va hacia Jesús.

¿Qué puede querer un ciego de aquel de quien se contaban tantas curaciones? Es obvio lo que desea, pero para Jesús, no. Y es eso lo que interesa resaltar en el texto. Jesús dirigiéndose a él le dice: "¿qué quieres que te haga?". ¿Se dan cuenta? El ciego es un pobre hombre, se acerca al Señor y éste toma su tiempo para decirle: "¿qué quieres de mí?". No le impone su fuerza, su gracia. Le pregunta, porque la opinión de este hombre ciego es importante para él. Dialoga con el ciego, diálogo breve, pero muy significativo.

Cuántas veces nosotros, como cristianos y como Iglesia, no sabemos preguntar a los pobres qué quieren. Pensamos que sabemos mejor que ellos lo que necesitan ¿no es cierto? Más aún, decimos: "no vale la pena preguntar", e imponemos de alguna manera nuestra caridad. El Señor sabe escuchar, "¿qué quieres que te haga?". Y entonces el ciego responde: "Raboní, Raboní (que quiere decir "maestro mío", "mi Rabí") que vea". Ya lo sabíamos, pero en el trato humano no podemos suponer demasiado lo que otra persona quiere; es importante que se exprese. Jesús le dice: "¡Vete!, tu fe te ha salvado".

Otra vez, una lección importante. Jesús no le dice, aunque es obvio, "¡vete! te he salvado, te he dado la vista". Le dice: "tu fe te ha salvado", es decir, le hace notar a este pobre mendigo que él mismo ha participado en la salvación y en la curación. "Tu fe", y la fe es algo libre, algo que este hombre ha expresado al gritar. En efecto, al decir "Hijo de David" está manifestando esa fe. "Tu fe", es decir, tú has hecho que te cures.

Por supuesto, el Señor lo ha hecho está claro. Pero al mismo tiempo hay respeto por el aporte de este hombre. Le pregunta lo que desea, conversa con él; pese a las tensiones del camino hacia la muerte que encontrará en Jerusalén, tiene tiempo para este hombre y además le dice: "Tu lo has logrado, tú mismo, colaborando conmigo, has logrado tu curación".

Segunda pauta: saber escuchar. Entrando en un diálogo, permítanme decirlo así, de una cierta igualdad. Así también nosotros, si queremos servir a este pueblo, a todos, pero en particular a los que más necesitan, nuestra solidaridad exige que los escuchemos. El diálogo, la formación de personas maduras, cuya fe y participación da sentido a su vida, es importante.

### c) Saber compartir

Quisiera pasar a una tercera pauta, siempre dentro de la opción por el pobre. Y aquí también me gustaría referirme a un texto del evangelio. Si hemos hablado de saber mirar, saber escuchar, me gustaría ahora insistir en otra cosa: saber compartir.

Recordemos ese pasaje que está en los cuatro evangelios, prueba de la importancia que ese texto tuvo para los discípulos del Señor. Es el relato que llamamos, de una manera que a mí personalmente nunca me ha convencido, el

de la multiplicación de los panes<sup>2</sup>. En efecto, el mensaje del texto es otro.

El Señor está enseñando a una multitud, se hace tarde, él y sus discípulos están cansados. Jesús ve que es bueno que los discípulos descansen y entonces decide ir a un lugar apartado. Los evangelios presentan el hecho con algunos matices. Uno de ellos, Mateo, lo cuenta de una manera hermosísima. Dice que el Señor toma la barca y se va a través del llamado mar de Tiberíades. ¿Qué hace el pueblo? Cuenta el evangelio que las gentes van por tierra, caminan rápido y cuando Jesús llega con sus discípulos en la barca, ya están todos (sentados tal vez) para volver a escuchar a Jesús. El pueblo se le adelantó a Jesús. Y el Señor continúa, dicen los evangelios, enseñando.

En un momento dado dice: “¿Y ahora, qué voy a hacer con esta gente? Son tantos, han pasado el día acá y no tienen qué comer”. Entonces, Jesús conversa con sus discípulos. Los diálogos, en los cuatro evangelios tienen matices, pero básicamente consisten en lo siguiente. Los discípulos, realistas, le dicen: “no hay modo de darles de comer, despídelos; que se vayan a comprar algo a la ciudad más cercana, nosotros no podemos hacer nada, necesitaríamos mucho dinero”, doscientos denarios, según el evangelio de Juan.

Al “no tenemos para darles de comer, despídelos”, el Señor responde: “no, denles ustedes de comer”. Y los discípulos, siempre muy realistas, dicen: “¿cómo, si no tenemos nada? ¿Cómo vamos a hacerlo?”. Es la respuesta que los pobres conocen bien, si piden le dicen: no hay plata (nunca hay plata para ellos...). De repente, según el evangelio de Juan, uno dice muy tímidamente, casi convencido que lo que va a decir no sirva para nada: “aquí hay un muchachito que tiene cinco panes y dos peces”; pero claro, eso no alcanza. De hecho, fue más creativo que los otros.

Jesús dice entonces: “traigan los cinco panes y los dos peces” y luego añade algo muy importante, que puede pasar desapercibido y es esto: “hagan que se recuesten sobre la hierba”. Esto es importante, porque en tiempo de Jesús, solamente las personas que tenían una cierta dignidad humana podían comer recostados. Los siervos, en la época de Jesús, comían parados, porque comer de pie significa hacerlo rápido y estar dispuesto a obedecer prontamente las órdenes del amo. Decir, por lo tanto, que se sienten es una manera de declararlos libres, personas con dignidad. Esos hombres y mujeres se recuestan y los evangelios dicen que lo hacen, incluso, en una forma muy ordenada, formando círculos de cincuenta y de cien personas.

Entonces, dice el texto, que Jesús bendice al Padre y da a los discípulos el pan para que ellos lo repartan. Son los discípulos los que funcionan como servidores, entregan el pan. Los textos dicen curiosamente, que dan *de* los cinco

2. Mt 14, 13–21; Mc 6, 34–44; Lc 9, 12–17; Jn 6, 1–13.

panes y *de* los dos peces. Es ahí donde viene nuestra idea de que fueron multiplicados, pero los evangelios dicen que dieron los cinco panes y los dos peces.

Lo que hay que subrayar es que el Señor dio de lo que tenían ellos, él y sus discípulos; lo que tenía en este caso, según el evangelio de Juan, un muchachito. De ese poco, les dio a todos y todos comieron hasta satisfacerse. Dice luego que llenaron doce canastas. Doce es un número simbólico en la Biblia, quiere decir "todo el pueblo". Como eran doce las tribus del pueblo de Israel, así los apóstoles son los pilares del nuevo pueblo de Dios. Doce canastas quiere decir que debiéramos dar de comer a toda la humanidad, si seguimos el ejemplo de Jesús. Nuestro compartir consistirá en dar de las doce canastas que sobraron aquella vez que el Señor dio de comer a esa multitud. Estamos llamados a lo largo de la historia, a dar de comer de esas doce canastas. Llamados a compartir el pan.

El mensaje del episodio es éste: compartir el pan, compartir lo que se tiene. Jesús les dio el pan de la palabra y les dio también pan, que calma el hambre, porque para él es importante la vida cotidiana. Los evangelios son claros: más que de multiplicar, se trata de compartir.

#### 4. Tres cosas fundamentales para terminar

*1) La opción fundamental por el pobre debe mantener vivo en nosotros el derecho a soñar.*

Es un hecho que la brecha entre ricos y pobres se ha ahondado. Pero lo más grave es que hoy en día, los poderosos del mundo y de América Latina, buscan robarle al pueblo su derecho a la utopía, al sueño, al proyecto de una sociedad justa e igualitaria.

Acuérdense del profeta Joel. El profeta Joel describe una terrible situación del pueblo judío. En un momento dado dice: "estaba a punto de perder la alegría". Si un pueblo la pierde, todo se terminó. Creo que esto es muy importante.

*2) En la línea de las bienaventuranzas habría que decir: "bienaventurados los tercios, porque de ellos es el Reino de Dios"*

Hoy se requiere una gran terquedad. No pretendo afirmar que todo tercio sea santo, lo que creo es que todo santo es tercio, que no es lo mismo... Me parece que ante la inmensidad de problemas y decepciones que debilitan los esfuerzos de los pobres por hacer valer sus derechos y lograr la liberación de todo aquello que los oprime necesitamos eso que he llamado terquedad. Si a alguno no le gusta la expresión, puede sustituirla por otra más corriente: fidelidad. De eso se trata, de seguir adelante. Estamos en un momento complicado, pero ¿cómo no tener esperanza cuando es posible tener reuniones o encuentros solidarios como éste y tantos otros en América Latina?

**Pese a todo vivimos uno de los momentos más apasionantes de la historia de**

América Latina. Considero también que la Iglesia presente en este continente atraviesa una etapa muy rica y muy vital. No ignoro las dificultades que encontramos, pero estamos en un presente cargado de promesas. Ello requiere de nuestra parte firmeza e incluso obstinación en la opción.

*3) Amar al mismo tiempo las rosas y la justicia, lo bello y lo justo.*

Un poeta peruano, Gonzalo Rose, grande pero poco conocido fuera de nuestras fronteras, amigo de infancia, estando exilado en México por sus ideas sociales, escribió una carta a su hermana pequeña en la que trataba de explicarle por qué le había causado tanto dolor a su madre. Le decía dos cosas que me parecen muy importantes. La primera es ésta: "he tenido, María Teresa, que amar las rosas y las mareas de junio, y al mismo tiempo la justicia; he tenido que amar lo bello y lo justo". Es lo que quise recordar con el pasaje de la unción en Betania. Los pobres tienen también necesidad, no lo olvidemos nunca, de gestos gratuitos nuestros. También entre ellos, por supuesto.

Y añadía: un día "la risa de los pobres ceñirá tu cintura". Ceñirá tu cintura, te apretará, se te hará presente. No dice que será el sufrimiento de los pobres el que te ceñirá, sino la risa de los pobres. Ojalá, en efecto, pudiéramos ser ceñidos por la risa, por la alegría de los pobres; alegría tan pascual como la que en estos días queremos recordar ante Monseñor Romero.